IKEBANA

El camino de las flores

Tras la sensibilidad y la belleza que las flores aportan en cualquier lugar es posible descubrir nuevos y profundos significados a partir de algo tan sencillo en apariencia como el arreglo floral japonés. Un arte lleno de sentido y simbolismo.

Cuando cortamos las flores para hacer composiciones, mueren. El objetivo del Ikebana es "devolver la vida" a estas flores recorriendo un bonito y mágico "camino". Literalmente traduciríamos del japonés Ikeru (dar vida) y Bana (flores), como: "Las flores nos dan la vida" - al otorgar una nueva existencia a los materiales vegetales que, tras ser cortados, vuelven a renacer en una nueva creación. Detrás del espíritu del Ikebana palpita una actitud basada en el modo de contemplar y vivir la naturaleza que puede calificarse como una faceta de la filosofía, del arte y de la misma cultura japonesa. Su forma de expresión no es buscar la belleza de una flor con los ojos, sino buscar su esencia. "Las flores nos podrán enseñar a encontrarnos a nosotros mismos dentro del mundo, formando parte de la naturaleza y parte de su equilibrio".

Para un observador occidental, Japón es un país que ofrece una amplia variedad de actividades fascinantes, pero pocas despiertan tanta curiosidad y admiración como esta técnica floral ¿o deberíamos decir disciplina psicológica? Su práctica para muchos conduce a la

búsqueda de la maduración del espíritu, tranquilidad exterior y sosiego interior. **Junto con Cha-no-yu (ceremonia del té), Suiseki (el arte de piedra) y Bonsai-saikei (paisaje en miniatura); el Ikebana es una de las artes que ensalza el pueblo japonés y con las que desarrolla pensamiento, flexibilidad y sensibilidad.**

Poseedores de un arraigado sentido artístico, para los japoneses, vida y arte, espíritu y naturaleza forman una unidad indisoluble, un todo invisible: "Aquel que comprenda la esencia de la naturaleza comprenderá la esencia del hombre y lo amará en bien del espíritu verdadero que pudiera existir en él"; máxima que fielmente ha sabido interpretar un pueblo acostumbrado a ayudar al prójimo tras las múltiples catástrofes naturales que suelen asolar el país. La capacidad para aceptar con ánimo sereno los golpes despiadados de la suerte, demuestran como entre la gente más humilde de Japón existe una asombrosa fuerza espiritual.

¿Disciplina psicológica o técnica?

El gusto por las flores es universal y la mayoría de personas las regala a menudo; pero en Japón una flor no es únicamente un objeto de regalo o de decoración que armoniza en colores y formas. No se trata tan sólo de arreglar unas cuantas flores, todo influye: ambiente, creación artística, estado de nuestro espíritu... más bien es la participación del alma y del ingenio. Un buen Ikebana "habla" a la persona que lo contempla, comprendiendo el mensaje que quiere transmitir.

En Ikebana hay dos partes fundamentales, una es la educación de la estética en cuanto a la composición y otra en cuanto a la sensibilidad. Profundizando en esta última se aprende a vivir en un mundo diferente en el que no existe la prisa. Debemos olvidarnos del paso del tiempo**.** Para ello - como sabiamente transmitieron los antiguos maestros de este arte- es necesario estar vacío de uno mismo, vivir en plena armonía de cuerpo y alma, libres de pensamientos mezquinos o perturbadores, hacer lugar al corazón universal y ser nada y sin embargo todo, a salvo de inquietudes como un lirio del campo.

El simbolismo y las Fiestas. -

En casi todas las casas japonesas existe un rincón llamado **"Tokonoma**", cuyo espacio mide alrededor de 1,8 m. de altura por

1.8 de ancho. En ese espacio, adorna la pared un rollo colgante pintado con motivos de la naturaleza o algún poema, y debajo de éste se coloca el Ikebana.

Cada uno de los días festivos nacionales tiene asignado su arreglo floral e incluso las celebraciones familiares resultan incompletas sin el Ikebana apropiado. Rara vez se efectúa un arreglo sin flores y follaje natural del país y se prefieren los elementos no cultivados de bosque y jardín.

En principio, el Ikebana no consiste en entrar una pieza finita de naturaleza a casa, sino sugerir la naturaleza completa creando un lazo desde dentro hacia fuera. Por este motivo, en los arreglos, se usan diferentes tipos de plantas en una única composición, dando prominencia a las hojas y a las ramas, tanto como a las flores.

El pasado se representa con flores completamente abiertas y hojas marchitas o secas. El futuro viene simbolizado a través de flores semiabiertas u hojas lozanas y el futuro a través de yemas. Las estaciones se expresan por la forma: primavera - arreglo vital con curvas vigorosas; verano - formas amplias y desplegadas; otoño - finas y poco densas; invierno- líneas estáticas y nostálgicas.
Las plantas crecen y dejan caer las hojas, las flores se abren, dan fruto y se marchitan regular y repetidamente siguiendo las estaciones. La naturaleza es cambiante, cíclica, tiene su propio ritmo. Ser conscientes de ello es el primer paso para comenzar a hacer Ikebana.

Historia y estilos. -

La idea de Ikebana tuvo su origen hace unos 1400 años en el Japón. Se desarrolló a partir del ritual budista de la ofrenda de flores a los espíritus de los muertos. Entonces los japoneses creían que los dioses de la naturaleza vivían en los pinos y los cipreses – árboles de hoja perenne, inmutables o constantes- Este espíritu de respeto hacia el pino y ciprés originó el estilo **Rikka**, por ello los primeros arreglos fueron rígidos y voluminosos con objeto de conservar la armonía con el imponente templo budista y las extremidades de sus ramas, como también las flores, señalaban al cielo para indicar la fe. Estos intrincados arreglos Rikka continuaron siendo la forma dominante en templos y palacios hasta finales del siglo XII.

La escuela **Ikenobo** constituye la corriente principal del arreglo floral y cuenta con una larga historia de 500 años. El arreglo floral fue derivando en diferentes estilos, tales como: **Tatebana, rikka, shoka, nageire, moribana, jiyuka y morimono.**

Para el simpatizante de este arte no hay duda que el Ikebana ayuda a vivir el momento presente y a apreciar cosas de este mundo que hasta entonces te habían parecido insignificantes. **Quienes lo practican afirman que poco a poco te conviertes en una persona mucho más tolerante con las diferencias, no sólo en la naturaleza sino con los demás. Su práctica ayuda a esperar lo mejor de uno mismo**. La concentración diaria, aunque sólo sea durante media hora, es la mejor manera de equilibrar el desenfrenado ritmo de la vida cotidiana y el excesivo desgaste mental. Quienes quieran llevar a cabo este aprendizaje descubrirán cómo este arte conlleva a una lenta transformación y maduración interior. Es la señal de que estamos avanzando por el buen sendero del conocimiento, sólo así llegaremos a recorrer el **"camino de las flores"**

SILVIA VELANDO